

Revolución. ¿Qué ha hecho esta generación? A no ser Teófilo Braga, constantemente; Oliveira Martins, en los intervalos de las empresas industriales, y Guerra Junqueiro, el gran poeta moderno de la Península, ¿quién trabaja? ¿Dónde están los libros? Esta generación tiene el aspecto de haber fracasado.

El tiempo urgía y nadie hablaba. Ramalho se encontró sentado en pequeño púlpito con cuatro o cinco mil oyentes, y juzgó necesario, en lugar de divertirlos, instruirlos; hizolos reír, ahora hacíalos pensar. Es lo que comprendía muy bien, en un artículo sobre la Literatura portuguesa el *American Correspondent*, de New-York:

“En medio del marasmo innoble de las letras portuguesas (dice en resumen), una sola individualidad vive: Ramalho Ortigão. En *Las Farpas* hace la sátira de su época; mas también da nociones muy justas sobre las cuestiones más vitales; encárgase del trabajo de demolición y de reconstrucción.”

*Las Farpas*, en efecto, tal como él las creó moderadamente, son la obra más viva de la literatura portuguesa. Podría parecer cómico que yo tuviese esta opinión de una publicación que en su cubierta azul tiene mi nombre haciendo ángulo con el suyo, al lado de la cabeza del famoso diablo, si no fuese cosa absolutamente notoria en Lisboa y en la provincia que yo hace seis años no escribo en *Las Farpas*; él dejó allí mi nombre, dióle incluso el mejor lugar, en lo alto, por una conmovedora superstición de amistad. Por lo demás, en el extranjero, donde *Las Farpas* son conocidas, también lo saben: leo en el *Diccionario Universal del siglo XIX*, de P. Larousse, en el artículo RAMALHO ORTIGAO (José Duarte): “Esta publicación (*Las Farpas*, que él traduce *Les Flèches*) no deja de tener analogía

con *Les Guêpes*, de Alphonse Karr, pero con una crítica más amplia y más acerada, de ideas muy avanzadas, refiriéndose a todas las cuestiones de Política, de Arte y de Ciencia. Ramalho Ortigão redáctalas solo desde 1872.”

En los treinta volúmenes de *Las Farpas* que él ha publicado solo, hay de todo, en efecto: hay ciencia, hay crítica, hay arte, hay paisaje, hay novela.

Ha perseguido sin descanso los vicios portugueses, pequeños y grandes. No los deja, ora fustigándolos con sarcasmos, ora persuadiéndolos con reflexiones. Las vanidades del falso *elegantismo* (*janotismo*), los hábitos disolventes del enamoramiento, la dependencia del protectorado, las educaciones atrofiadoras, el sentimentalismo mórbido, el abandono de los interiores domésticos, la religión por *chic*, la porquería inveterada, etc., etc., etc., todo lo ha procurado destruir por la ironía y por el argumento, por la burla y por la lógica. El lisbonense debe estarle agradecido. Ramalho se ha ocupado paternalmente de él; mientras la mayoría de la Prensa, con un desprecio superior por la felicidad moral y material del lisbonense, apenas registra sus fechas biográficas—nacimiento, viajes, años y óbito—; Ramalho ha procurado reformar sus costumbres, enseñándole a educar sus hijos, a escoger una esposa, a arreglar las comodidades de la casa, a trabajar, a formar el espíritu; ha procurado por todos modos desviarle de la gandulería, de la frecuentación de la poesía lírica, del abuso de la comadrería, de las fortunas arruinadas en sombreros nuevos y fracs de seda; ha reclamado para él con impaciencia, casi con cólera, las calles limpias, el agua abundante, la canalización purificada, la arborización; le ha querido evitar los ridículos—las corridas de caballos con un solo caballo,

las tragedias en que el único verbo es el verbo *hablar*, la fundación de *restaurants* en que una pérdida dura una generación, las exposiciones de pintura compuestas, invariable y exclusivamente, de un carnero y de una Venus, etc., etc. Lisboa débele una estatua.

En política se ha dicho que Ramalho Ortigão es republicano. Nada menos exacto. Ramalho teme, creo yo, la República tal cual es tramada en los clubs de aficionados de Lisboa y Porto. La República, en verdad, hecha primero por los partidos constitucionales disidentes, y rehecha después por los partidos jacobinos que, habiendo vivido fuera del Poder y de su maquinismo, la toman como carrera, sería en Portugal un torbellino sangriento (1).

(Pido disculpa a la Nobleza y al Pueblo si estoy diciendo barbaridades; soy un simple artista; mi crítica política es mediocre. Constitucionales, socialistas, miguelistas y jacobinos son, por lo demás, para mí, como novelista, productos sociales, buenos para el arte, cuando son típicos, todos igualmente explicables, todos igualmente interesantes. El deber del artista es estudiarlos, como el botánico estudia las plantas, sin importarle que sea batata o belladona, que envenene o nutra.)

Lo que Ramalho más ha odiado e invectivado en la política es la retórica; es lo que le exaspera en el Constitucionalismo; y la prodigiosa caricatura que ha hecho de la retórica parlamentaria, de la retórica ministerial, de la retórica regia, de la retórica burocrática, es lo

(1) En sus últimos tiempos, Ramalho ya era francamente monárquico y gran amigo del Rey D. Carlos—como Eça mismo—, de manos del cual aceptó el puesto de bibliotecario del Palacio Real de Ajuda. Véanse sus *Últimas Farpas* (1915).—*N. del T.*

que le ha dado la reputación republicana. No pienso, sin embargo, que él fuese hostil al sistema, si el sistema no tuviese un tan desordenado flujo labial. Si el sistema trabajase prácticamente, en lugar de perorar con furor, estoy convencido de que Ramalho no lo importunaría; él supone, creo yo, que lo que hay más urgente, ciertas reformas pedagógicas, sociales, económicas, podrían bien realizarse dentro del sistema, si los tropos no hubiesen ocupado todo el lugar de las ideas. Y contra este abuso del tropo, Ramalho ha dirigido, bien inútilmente, una campaña viva, astuta, valiente, pertinaz. La retórica es como su hija querida, la hidra de Lerna: por cada vieja cabeza cortada, nace una cabeza nueva.

He visto imágenes, lirismos, figuras que tienen una vitalidad que desconcierta y aterra la imaginación del hombre sencillo. Esta frase, por ejemplo: *Nuestro programa es orden y moralidad*—ha resistido a todo lo que Ramalho le ha aplicado: a la injuria, a la mofa, al veneno de la maldición, al apóstrofe, a la súplica, al puñetazo, al nitrato de plata:—¡a todo!... ¿De qué substancia está hecha?

Si Ramalho ha guerreado contra la retórica conservadora, no ha ahorrado (1) a la retórica democrática, que no es en Portugal menos nociva; es su vaga fraseología democrática la que mantiene a tanto mozo estimable en un humanitarismo nebuloso y sentimental; en que aspiran a ver toda la Europa libre, sin pauperismo, sin guerra, sin prostitución, sentándose en

(1) Lo traduzco así a riesgo de correr las censuras de los vernaculistas de Portugal, como de los casticistas de aquí. Soy fiel a Eça, aunque sé que él comete un galicismo empleando el participó del verbo *poupar*, equivalente al *épargner* francés.—*N. del T.*

banquetes fraternales, presididos por los genios, en una concordia universal, bajo la protección de Jesús, no del Jesús católico, sino del Jesús revolucionario, demócrata, que sonríe de lo alto de los cielos, mientras las espigas del trigo nacen por sí solas, en campiñas arcádicas, al son de los coros de la libertad.

¿No es en este estilo en el que escriben nuestros periodistas demócratas, nuestros obreros? Y es aún la influencia remota de este lirismo democrático la que hace decir a los conservadores de cincuenta años, con la sonrisa melancólica de quien habla de amores difuntos: —¡La República es una hermosa quimera!...

Mas la gloria de Ramalho son su estilo y sus concepciones satíricas. Es, sin duda alguna, el estilista más poderoso de Portugal; tiene un lenguaje vivo, colorido, bien acuñado, de una gran elasticidad y de una gran solidez, hiriendo admirablemente, adhiriéndose a la idea como una tela, al mismo tiempo práctica y resplandeciente. Es un gran paisajista, por ejemplo. Dícese generalmente que Julio Diniz es nuestro paisajista. Julio Diniz, en efecto, hace sentir admirablemente la impresión genérica del paisaje; siéntese bien la grandeza noble de la montaña cuando nos lleva allá; siéntese bien el plebeyismo humilde del campo de habas cuando nos lo hace atravesar.

Mas Ramalho nos da *el realismo* del paisaje. El otro es un Fromentin, menos el color. Este es un Corot, con más relieve. Su descripción de la Galería del señor Vizconde Daupias es, en pura literatura, una página insuperable. Teófilo Gautier, el maestro, no tiene nada superior. Ciertos pequeños paisajes de *Las Farpas* son prodigiosos; es la naturaleza sorprendida en flagrante con el tono, el verde, el luminoso, el esfumado o el saliente, el fresco o el tórrido; en su pluma hay un

pincel. La misma maravillosa ejecución resplandece en la reproducción o en la creación de tipos, de figuras, sobre todo de los que tienen un relieve cómico; con un trazo sobrio, intenso, incisivo, pone al personaje en vida, con un relieve indeleble. Sería un novelista extraordinario si fuese psicólogo como es dibujante y si tuviese el instinto cierto del momento dramático, como tiene la visión exacta de la actitud característica. Necesita experimentar. Una obra admirable, que él podría hacer, sería una amplia caricatura de la época, a lo *Pickwick*, dando sólo las superficies de la vida, las grandes líneas, poniendo en relieve, con una factura amplia de contornos fuertes, *lo cómico* contemporáneo. Mas, como él dice, habituóse a hacer *Farpas*, sólo pretende hacer *Farpas*.

¿Hablaré de su *ingenio*? Es su gloria indiscutida. El negó un día en *Las Farpas* que lo tuviese; llamó al ingenio (1) una lesión cerebral que hace ver los objetos, criticarlos, fuera de las correlaciones generales, de un modo imprevisto, disforme y cómico. Declaróse de simple buen sentido burgués; juró que era como todo el mundo. ¡Vanidad, gran vanidad!... Es como él solo. Y al fin, el ingenio, la *verve*, es lo que dará a *Las Farpas* la inmortalidad a que ellas puedan aspirar; no es su filosofía, ni su exégesis, ni su estética, ni su ética, las que le llevarán a la gloria; es su ingenio, su inmensa vena cómica.

El ingenio no es una lesión cerebral que hace *ver cómico*; es una disposición cerebral que hace *descubrir lo cómico*, que lo hace descubrir a través de las exterioridades convencionales y las formas consagradas;

(1) *Espirito*, dice Queiroz con evidente galicismo, calcándolo del *esprit* francés. Yo preferí castellanizarlo más.—*N. del T.*

hallar lo cómico en una mala institución o en una mala costumbre (malas por su amplia existencia o malas por perpetuarse más allá del momento histórico que las justifican), es ponerlas en contradicción con el buen sentido y con el buen gusto y anularlas. Un acto de ingenio puede ser así un acto de gran justicia social. La palabra *ingenio*, últimamente, ha sido empujeada; hácenlo significar las salidas picantes de la conversación graciosa, el *bon mot*, el *lazzi*, el chiste... Mas él es una más alta entidad; es la crítica por la risa; es el raciocinio por la ironía. ¿Quiénes son los grandes precursores de la Revolución en la literatura? Los grandes sarcásticos: Rabelais, Cervantes, Lesage, Voltaire. De *Gargantúa* a *Las Bodas de Figaro*, ¿por quién está guiada la campaña social y revolucionaria? ¿Quién desprende la idea puramente racional de los mitos retóricos del paganismo y de los misterios confusos del cristianismo? ¿Quién viene dirigiendo la civilización hacia la justicia? Los que ríen: *Pantagruel*, *Don Quijote*, *Gil Blas*, *Candide*. ¿Por qué es Boileau ilustre? ¿Por los lirismos insoportables de sus obras? ¡Quia! Por la ironía gala de su *Lutrin*.

La risa es la más útil forma de la crítica, porque es la más accesible a la multitud. La risa dirígese, no al letrado y al filósofo, sino a la masa, al inmenso público anónimo. Por eso es por lo que hoy es tan inútil como irreverente reírse de las ideas del pasado: la multitud no se ocupa de ideas; ocúpase de las fórmulas visibles, convencionales, de las ideas. Por ejemplo: el pueblo en Portugal, en las provincias, no es católico; es clerical (1). ¿Qué sabe él de la moral del cristianis-

(1) *Padrista* dice Queiroz con frase de intraducible vigor; tendríamos que decir *curista* para reproducir esa frase y sonaría mal.—N. del T.

mo? ¿De la teología? ¿Del ultramontanismo? Sabe del santo de barro que tiene en casa y del cura que está en la iglesia. Y *Las Farpas* muestran un alto buen sentido, argumentando sobre las ideas para los letrados y riéndose de las fórmulas para el público; y esta parte es seguramente la más brillante, aunque Ramalho guste más de la otra.

Su *ingenio* ha hecho grandes servicios; es su procedimiento, su instrumento, su fuerza. Es la misma médula de *Las Farpas*; si un día se lo quitase, como nos amenaza a veces, ellas perderían la viabilidad, la vitalidad, el movimiento, el arranque, y morirían de dolencia de la médula sobre almohadas de prosa.

Hablé del arranque de *Las Farpas*; es una de las bellas cualidades de su valor; tienen un ímpetu, un brío, un entusiasmo como todas las proezas de la fuerza racional y disciplinada. Hay artículos que tienen un paso de marcha, un impulso de vigor alegre hacia adelante, un soplo de conquista—que el espíritu les va siguiendo el compás; electrizado, como un rapaz al lado de una banda militar. Son la expresión de la naturaleza de Ramalho, impulsiva, luchadora, *mouvementée*.

Ramalho Ortigão casi me parece comparable a un artista del Renacimiento italiano. ¿Parécete que no? Tiene un cierto parecido con aquellos pintores que tomaban en la historia los nombres de su patria: *el Veronés*, *el Calabrés*, *el Bolonio*; hombres de acción y de arte, pintando con fogosidad, batiéndose con valor, apasionados de los lujos, de las galas, de las aventuras, adorando el color, rebeldes contra las instituciones. Naturalmente en una ciudad constitucional, llena de faroles de gas y de policía, no se puede vivir la vida artística del Renacimiento, no hay duelos a la luz de la luna en una esquina del Palacio ducal, ni se sus-

penden escalas de seda de los balcones de las Blancas y de las Fiorellas; no. Ramalho es un artista del Renacimiento dentro de la Carta Constitucional; esto es, la vitalidad brillante recogióse de sus actos a su espíritu: por dentro es un artista del Renacimiento; por fuera es un súbdito de Su Majestad.

Tiene, en primer lugar, el culto de la fuerza física y de la plástica humana; ama a los valientes, y a pesar de negarlo, siente preferencias secretas por los héroes; gusta de todos los juegos de destreza y esto es lo que le inspira aquella admiración devota por la fuerza física de los ingleses; tiene el amor del lujo artístico, del *bric-à-brac*; y se ve bien por el placer, por la *gourmandise* con que describe, siempre que puede, pompas o arquitecturas, muebles o joyas; adora el color—en pintura, Fortuny y su escuela; en música, Meyerbeer y los fuertes maestros de la instrumentación; y su prosa escurre el color, con los tonos crudos, más fuertes que los que tienen sonoridad y refracción; gusta de toda explosión de fuerza y adora a Balzac por la exuberancia monstruosa de su genio indisciplinado; si ama la lucha, el combate, *la fronda*, el asalto—*Las Farças* lo demuestran; y en fin (gran rasgo de semejanza), tiene el genio decorativo y sería feliz si pudiese organizar galas y entradas triunfales.

Su programa de una gran *revista rural*, con ocasión de la visita del Príncipe de Gales (*Carta a John Bull*), es prodigioso y haría honor a un artista florentino, organizador de fiestas históricas. Es una página soberbia y sería el más bello espectáculo que podía dar un pueblo agrícola. Primero pone “al Norte del gran campo doscientos carros de trabajo formados en fila, llenos de mujeres y de mozos de campo, empujados por los grandes bueyes de yugos ornados de cabezales bermejos,

con los largos cencerros...” Después hace desfilar con pompa las grandes labranzas de Ribatejo y de Golegá “con los labradores al frente, vestidos a la portuguesa, de chaqueta y cinturón, montando los caballos de Alter y de Castello Melhor, enjaezados a lo Marialva, con el arnés de piel de cabra, la silla semi-árabe, los estribos de madera...” en seguida vienen los arados, las rejas, las carretas, empujadas por cuatro o seis yuntas de bueyes; después la larga y pintoresca procesión de animales, con los guardianes; en seguida, los instrumentos de labranza; detrás, los frutos “desde las pirámides altas de naranjas” hasta “los haces de trigo, de centeno y de cebada”; y en fin, en un trofeo especial, “el odre, el simpático odre, el mejor símbolo de la abundancia y de la riqueza de nuestras tierras; ¡las tierras del aceite y las tierras del vino!...” Es un programa de genio; vale tanto como los mejores festejos de gala de los Médicis; y el hombre que lo concibió es un gran portugués y un gran artista. Por este detalle es por lo que me parece un pintor del Renacimiento, a pesar de ser un ciudadano lisbonense; los hombres aseméjense por lo que piensan, no por lo que hacen.

La figura de Ramalho (una vez que se trata de su retrato) tiene en medio de la figura anémica y maltrecha de sus contemporáneos, el mismo resalte vivo que tiene su espíritu entre los espíritus neutros y apagados. Tiene la salud, la firmeza, la fuerza, la línea desembarazada y suelta, la marcha firme, el movimiento ágil. Cuando llego a Portugal, después de un año de Inglaterra—a más de tanta, tanta, tanta cosa que extraña—hay una cosa que me deslumbra y otra que me desconsuela: deslúmbrenme las fachadas blanqueadas, y desconsuéleme la población anémica. ¡Qué figuras!

El andar desquiciado, el mirar mórbido y acarnerado, colores de piel de gallina, un derrengamiento de riñones, el aspecto de humores linfáticos, la paseata triste de una raza caquética en corredores de hospital; y después un aire de vagabundeo, de "allá voy, si señor", de estolidez, mirando en derredor con fatiga, el cráneo exhausto y las uñas largas para quebrar la ceniza del cigarro, a lo elegante.

¡Triste, triste! Dame mucha melancolía—y mi consuelo es ver dos o tres sólidas figuras; sobre todo, Ramalho Ortigão. Este sí, es el verdadero tipo del hombre moderno, resistente a la fatiga, alegre en el trabajo, pudiendo caminar quince leguas, trabajar doce horas, defenderse si le atacasen, sin miedo a la lluvia ni al infierno, creyendo en sí mismo y queriendo por sí mismo. *A first-rate man! A capital man!*

Es una de las más bellas organizaciones que yo conozco; tiene la fuerza, tiene la bondad, tiene la alegría. Tiene una alegría serena, luminosa, lo que los ingleses llaman a *cheer full mind*. Nunca le oí soltar una carcajada; a veces da una buena y sana risotada, y raras veces le veo sin una sonrisa. Educado fuera del romanticismo, o antes del romanticismo, no tiene el vicio sentimental de la *rêverie*, de la tristeza mórbida, de la desesperación melancólica; es un sano—en la sangre y en el alma. Tiene dos adorables formas de bondad; aquella *milk of human Kindness* de que habla el poeta, y que era un sentimiento tan característico de Dickens: el amor de los pequeños, de los sencillos, de los flacos, de los oprimidos, — y esa otra forma, que es la sensibilidad viva; una bella obra, una buena acción, un heroísmo, una abnegación traen luego a sus ojos el brillo húmedo de la admiración enternecida.

Es un hombre sencillo en el fondo; no tiene ambi-

ciones, excepto la de saber; no tiene temores, excepto el de errar.

Es una de las personalidades eminentes del Portugal contemporáneo. Escribiendo su idioma es un maestro incomparable; satirizando a su época, es un artista completo; viviendo su vida, es un hombre de bien.

Acabo de releer estas páginas. ¿Para qué me pidió usted a mí, pobre artista, la biografía intelectual de un hombre ilustre? Ahí tiene el resultado; en lugar de una metódica coordinación de ideas críticas, una narración de impresiones. Que mi disculpa sea que le escribo esta carta en un sábado. Si usted vivió ya en Inglaterra, en la provincia, en una ciudad industrial típica, sabe lo que es el sábado: una inmensa multitud brutal, ruda, tumultuosa, llena estas amplias calles crudamente alumbradas por los faroles fulgurantes del gas, de los escaparates de las tiendas; los bars, los palacios del alcohol, flamean; los *cabs* ruedan entre las estaciones con una bulla estridente; borrachos tambaléanse y bo-xean; un predicador de la calle, sacudido por un ataque religioso, aúlla en una esquina versículos de la Biblia; de los salones de música salen gañidos de flautines, y el estruendo de tacones claveteados batiendo una polka animal; una prostitución insolente impónese, reclama salario; pilletes desmelenados, agitando los periódicos, gritan con furor *las traiciones de Rusia*; dos enormes policías arrastran a una vieja borracha que blasfema; pelotones de mineros, de pipa en la boca, seguidos de galgos, hablan el áspero dialecto de Northumberland; parejas amorosas pasan enlazadas, besuqueándose sin pudor; los silbidos de los trenes cortan el aire denso; una niebla húmeda, amarillenta, fétida, hiela e impele al alcohol; y por las plazas, por

las encrucijadas, en los pianos de los restaurantes, patriotas exaltados de bebidas cantan la nueva canción guerrera: *We don't want to fight, but by Jingo if we do...* afirmando aún en un berrido que: "Los rusos no irán, no, a Constantinopla..."

En un día como éste un portugués sólo puede aspirar a una aldea del Minho o a la paz de un convento; y es disculpable que, habiendo de hacer la biografía de un escritor su amigo, no pueda, completamente embrutecido, producir las reflexiones sabias que inspira una obra ilustre, y se deje ir a recordar solamente las impresiones luminosas que le dejó una convivencia querida.

Soy, con toda consideración, de usted devoto colega,

EÇA DE QUEIROZ.

Newcastle, 25 de febrero de 1878.

### III BRASIL Y PORTUGAL

Bristol, 14 de diciembre de 1880.

Mi querido Pinheiro Chagas: Recibí el número del *Atlántico* conteniendo su excelente artículo *Brasil y Portugal* (1). Como hoy es domingo y llueve y no puedo ir a pasear bajo los bellos árboles de Severn, conversaré con usted un momento, aquí al rincón de mi lumbre.

Evidentemente, sin embargo, el hombre que le escribe no es aquel que usted hace meses abrazaba entero e intacto en la esquina sagrada de la *Casa Havaneza*; a ese lo desmoronó usted, lo derribó con las tres pesadas columnas del *Atlántico*, blandidas con ambas manos en un esfuerzo entumecido de Sansón. No conozco, realmente, en la historia o en la leyenda, ejemplo de

(1) Estos dos artículos (o más propiamente, cartas de disputa y batalla intelectual) que siguen, combinados en uno, son fuertes palestras de polémica contra Pinheiro Chagas—*sempre este homem fatal*, como él decía—, que fué historiador, orador, periodista, novelista a ratos, secretario de la Academia. Estas dos cartas son de lo más bello que ha producido la pluma de Eça de Queiroz, y muestran sus condiciones de polemista.—N. del T.